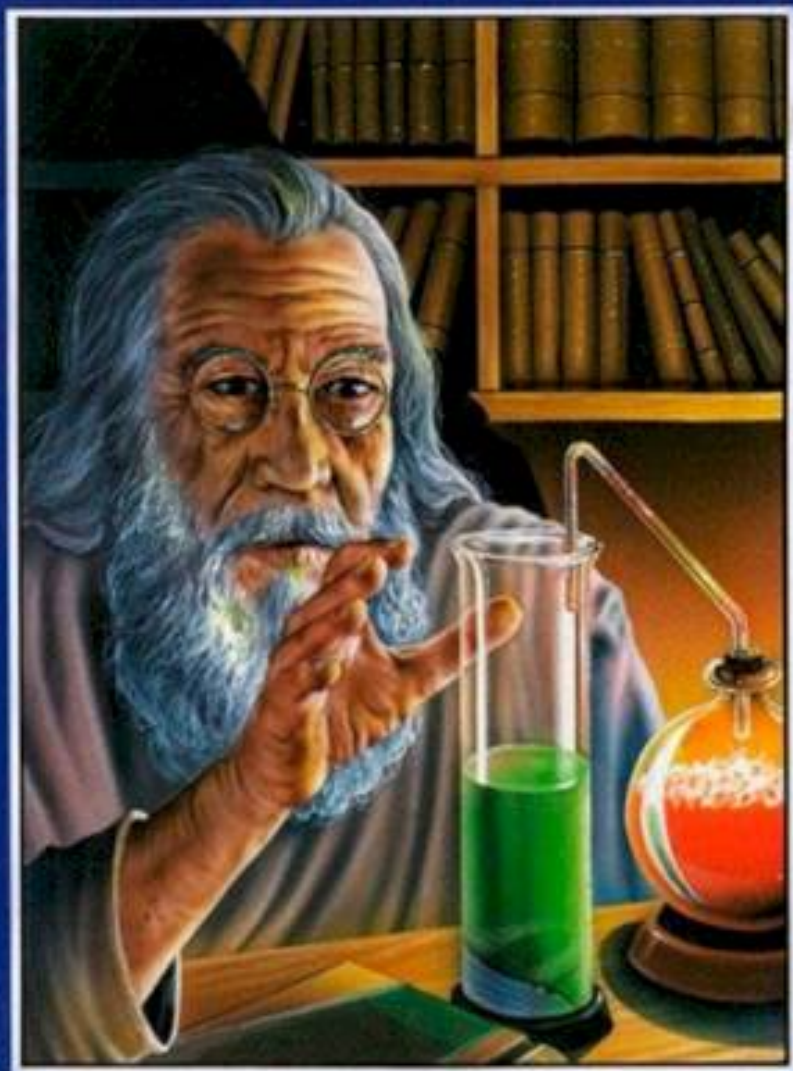


Julio Verne

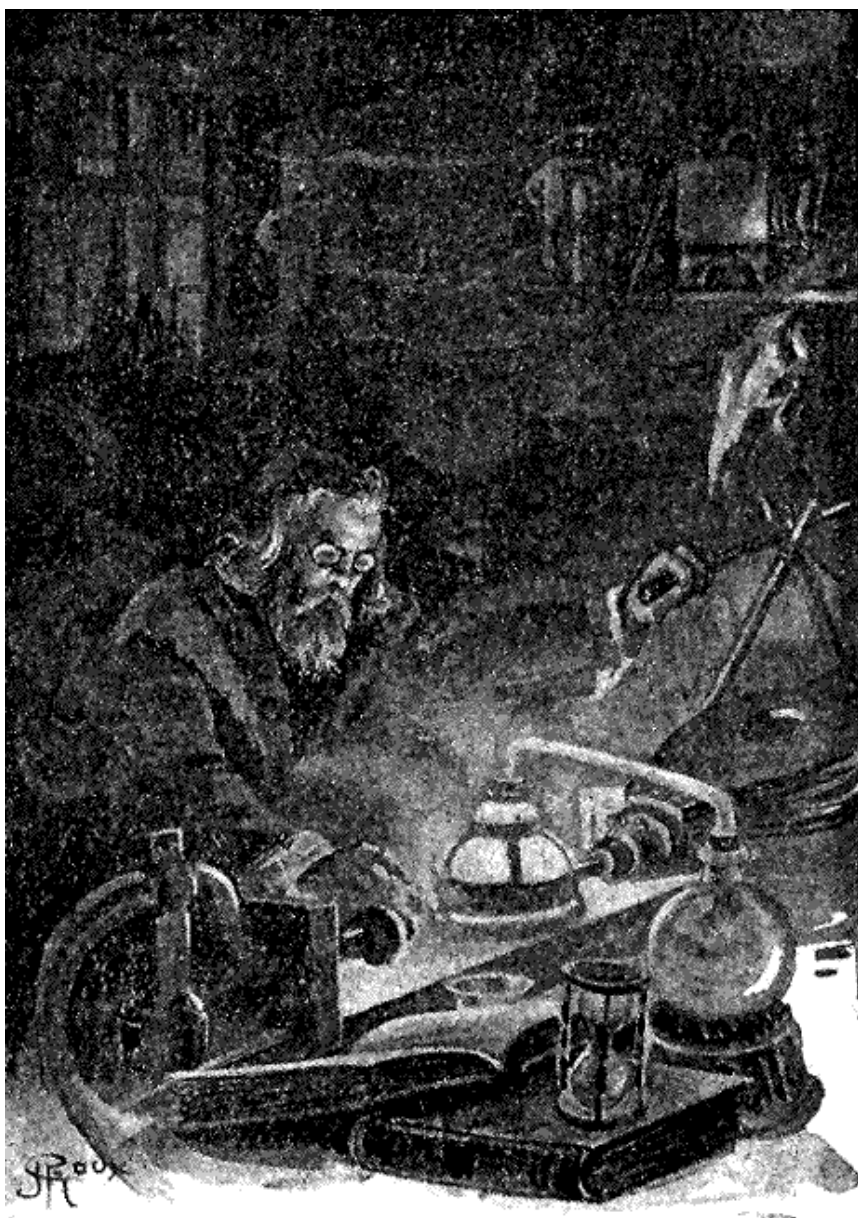
El secreto de Wilhelm Storitz



Ciudad de Ragz, Hungría, año 1757. Marcos Vidal, ciudadano francés, escribe a su hermano Enrique comunicándole la noticia de su boda. Se va a casar con la bella Myra. Un hombre despechado es capaz de cualquier cosa, su furia y su sed de venganza pueden ser implacables. Así era Wilhelm Storitz, un hombre despechado cuya pasión por Myra lleva a hacer un uso maléfico de sus poderes, la increíble capacidad de desaparecer que le brinda una poción cuya fórmula ha confeccionado su padre, conocido alquimista. El secreto de Wilhelm Storitz es una obra en la que el paisaje romántico de la Hungría del siglo XVIII comparte protagonismo con la desdicha de una pareja de enamorados amenazados por la invisibilidad y la venganza. Verne empezó a escribir esta obra en 1901, tras la publicación en Francia de *El hombre invisible* de H. G. Wells (que, evidentemente, influyó en la elección del tema de esta novela verniana), y la terminó en 1904, un año antes de su muerte. Sin embargo, no sería publicada hasta 1910, primero por entregas en *Le journal* (números 6471-6499) y luego en volumen por Hetzel. La versión original, como la de las otras obras póstumas de Verne, fue profundamente modificada por su hijo Michel Verne.

Lorem ipsum dolor sit amet, consectetur
adipiscing elit. Nulla ac tellus nunc. Phasellus
imperdiet leo metus, et gravida lacus.

EL SECRETO DE WILHELM STORITZ



CAPÍTULO PRIMERO

«... Y apresúrate a venir, mi querido Enrique, tan pronto como puedas. Te aguardo con impaciencia. Por lo demás, el país es magnífico y esta región de la Baja Hungría es muy a propósito para excitar el interés de un ingeniero. Aunque no sea más que bajo este punto de vista, no te pesará haber hecho el viaje».

»Tuyo de corazón,

»MARCOS VIDAL».

Así terminaba la carta que recibí de mi hermano el 4 de abril de 1757.

Ningún signo premonitorio señaló la llegada de esta carta, que fue a parar a mis manos del modo habitual, es decir, por la mediación sucesiva del cartero, del portero y de mi criado, el último de los cuales, sin sospechar siquiera toda la trascendencia de su acción, hubo de presentármela en una bandeja, con su acostumbrada tranquilidad.



Análoga fue la tranquilidad mía mientras abría la carta y la leía de cabo a rabo, hasta esas últimas líneas transcritas,

líneas que contenían, sin embargo, en germen los acontecimientos extraordinarios en los que iba a verme mezclado.

¡Tal es la ceguera de los hombres! ¡De esta suerte es como va tejiéndose sin cesar, sin que lo perciban, la trama misteriosa de su destino!

Mi hermano acertaba en sus presunciones. No me pesa haber llevado a cabo este viaje. Pero ¿hago bien en contarlo? ¿No es de esas cosas que es preferible callar? ¿Quién llegará a dar crédito a una historia tan extraña, que ni los más audaces poetas se habrían atrevido a escribir?

Pues bien, ¡sea! Correré el riesgo. Créaseme o no, cedo a una irresistible necesidad de revivir toda aquella serie de sucesos extraordinarios, cuyo prólogo viene a constituir en cierta manera la carta de mi hermano.

Mi hermano Marcos, de veintiocho años de edad a la sazón, había alcanzado ya éxitos sumamente lisonjeros como pintor de retratos. El más acendrado y afectuoso cariño nos unía. Por mi parte había alguna dosis de amor paternal, ya que tenía ocho años más que Marcos. Jóvenes aún, habíamos visto privados de nuestro padre y de nuestra madre, y yo, el primogénito, hube de ser el encargado de dar educación a Marcos. Como éste mostraba excelentes aptitudes para la pintura, habíale impulsado hacia esa profesión, en la que debía llegar a obtener éxitos tan halagüeños como merecidos.

Pero he aquí que de pronto Marcos se hallaba en vísperas de casarse. Hacía ya algún tiempo que residía en Ragz, una ciudad importante de la Hungría meridional. Muchas semanas pasadas en Budapest, la capital, donde había hecho gran número de retratos muy generosamente pagados, habíankle permitido apreciar la acogida de que en Hungría son objeto los artistas. Luego, una vez terminada su estancia, había descendido por el Danubio, desde Budapest a Ragz.

Entre las primeras familias de la ciudad, citábase la del doctor Roderich, uno de los más renombrados médicos de

toda Hungría. A un patrimonio de bastante consideración unía una importante fortuna, adquirida en el ejercicio de su profesión. Durante las vacaciones que todos los años se concedía y que empleaba en hacer viajes que llegaban a veces hasta Francia, Italia o Alemania, los clientes ricos deploraban vivamente su ausencia. También la lamentaban los pobres, a quienes jamás negaba su asistencia, pues su caridad no desdeñaba ni aun a los más humildes, lo cual le conquistaba la estimación de todos.

La familia Roderich se componía del doctor, de su esposa, de su hijo, el capitán Haralan, y de su hija Myra. No le había sido posible a Marcos tratar a esta familia sin sentirse impresionado por la gracia y la belleza de la muchacha, lo cual había prolongado indefinidamente su estancia en Ragz. Pero si Myra Roderich le había agradado, no es mucho aventurar el decir que él por su parte había agradado a Myra Roderich. Habrá de concedérseme que lo merecía, pues Marcos era —¡lo es todavía, gracias a Dios!— un joven encantador y arrogante, de una estatura algo más que mediana, los ojos de un azul muy intenso, cabellos castaños, frente de poeta y con la fisonomía feliz de un hombre a quien la vida se ofrece bajo sus más risueños aspectos; el carácter, dúctil y maleable y el temperamento de artista fanático de las cosas hermosas.

Por lo que hace a Myra Roderich, no la conocía yo más que por las apasionadas cartas de Marcos y ardía en deseos de verla. Más vivamente aún deseaba mi hermano presentármela. Instábame a que acudiera a Ragz como jefe de la familia y no se contentaba con que mi estancia durase menos de un mes. Su prometida —no cesaba de repetírmelo— me aguardaba con impaciencia. Tan pronto como llegara, se fijaría la fecha del matrimonio. Pero antes Myra quería ver, pero ver con sus propios ojos, a su futuro cuñado, del que tanto bueno se le decía bajo todos aspectos —así, en verdad, se expresaba ella, al parecer—. Es lo menos que se puede pedir, el juzgar por uno mismo a los miem-

bros de la familia en que se va a entrar. Decididamente, no pronunciaría el sí fatal hasta después de que Enrique le hubiera sido presentado por Marcos...

Todo esto me lo contaba mi hermano en sus frecuentes epístolas con mucho encarecimiento, y yo percibía claramente que se hallaba perdidamente enamorado de Myra Roderich.

Dije antes que no la conocía más que por las entusiastas frases de Marcos. Y sin embargo, toda vez que mi hermano era pintor, fácil le hubiera sido tomarla por modelo, ¿no es cierto?, y trasladarla a la tela, o cuando menos al papel, en una postura graciosa y con sus mejores galas. Habría podido yo admirarla *de visu*, por decirlo así... pero Myra no había querido. Era en persona como ella quería aparecer a mis ojos admirados, aseguraba Marcos, quien, a lo que yo me figuro, no debía haber insistido mucho para hacerla cambiar de opinión. Lo que uno y otro querían indudablemente obtener era que el ingeniero Enrique Vidal diera de lado a sus ocupaciones y corriese a mostrarse en los salones de la casa Roderich en calidad de invitado de honor.

¿Era preciso tanto para decidirme? No, en verdad; en manera alguna habría dejado yo a mi hermano casarse sin encontrarme presente en su matrimonio. En un plazo, pues, bastante breve comparecería ante Myra Roderich, antes de que hubiera llegado a convertirse en cuñada mía.

Por lo demás, según indicaba la carta, experimentaría yo gran placer y provecho no pequeño en visitar aquella región de Hungría. Es el país magiar por excelencia, cuyo pasado es tan rico en hechos heroicos y que, rebelde a toda fusión con las razas germánicas, ocupa un puesto de consideración en la historia de la Europa central.

En cuanto al viaje, he aquí en qué condiciones resolví efectuarlo: a la ida, mitad en silla de posta y mitad por el Danubio, y a la vuelta, en silla de posta tan sólo.

Ese magnífico río está perfectamente indicado, aun cuando no lo tomaría hasta llegar a Viena. De ese modo, si

no recorría las setecientas leguas de su curso, vería al menos la parte más interesante a través de Austria y de Hungría, hasta llegar a Ragz, cerca de la frontera serbia. Allí daría fin mi viaje. Me faltaría tiempo para visitar las ciudades que el Danubio baña con sus aguas al separar Valaquia y Moldavia de Turquía, después de haber franqueado las famosas Puertas de Hierro: Viddin, Nicópolis, Rustchuk, Silistria, Braíla, Galatz, hasta su triple desembocadura en el Mar Negro.

Parecióme que tres meses debían bastar para el viaje, según lo proyectaba. Emplearía un mes entre París y Ragz. Myra Roderich tendría a bien no impacientarse en demasía y se dignaría conceder ese plazo al viajero. Tras una estancia de igual duración en la nueva patria de mi hermano, el tiempo restante estaría consagrado al regreso a Francia.

Puestos en orden algunos negocios urgentes y habiéndome procurado los documentos que solicitaba Marcos, estaba presto para la marcha.

Mis preparativos, sumamente sencillos, no exigirían mucho tiempo y no pensaba abrumarme con numeroso equipaje. No llevaría conmigo más que un baúl, harto pequeño, donde colocaría el traje de etiqueta que hacía necesario el acontecimiento solemne que me llamaba a Hungría.

No tenía yo por qué inquietarme del idioma del país, siéndome el alemán familiar desde un viaje que hice a través de las provincias del norte. Por lo que hace a la lengua magiar, tal vez no experimentase gran dificultad en comprenderla. Por lo demás, el francés se habla corrientemente en Hungría, entre las clases elevadas sobre todo, y mi hermano no se había visto apurado en este particular más allá de las fronteras austríacas.

«Es usted francés, tiene derecho de ciudadanía en Hungría», dijo en otro tiempo un posadero a uno de nuestros compatriotas, y, en esta frase tan cordial, se hacía intérprete de los sentimientos del pueblo magiar respecto de Francia...

Escribí, pues, a Marcos, contestando a su última carta, rogándole manifestase a Myra Roderich que mi impaciencia era igual a la suya y que el futuro cuñado ardía en deseos de conocer a su futura cuñada. Añadía que iba a partir sin pérdida de tiempo; pero que no me era posible precisar el día de mi llegada a Ragz, toda vez que eso dependía de los azares del viaje; daba, con todo, seguridades a mi hermano de que en modo alguno me detendría en el camino. Si, pues, la familia Roderich lo quería, podía sin más dilaciones proceder a señalar la fecha del matrimonio para los últimos días de mayo: «Suplícoos —decíale a modo de conclusión— que no me cubráis de maldiciones, si cada una de mis etapas no se marca con el envío de una carta indicando mi presencia en tal o cual ciudad; escribiré algunas veces, las precisas para que la señorita Myra pueda evaluar el número de leguas que me separarán aún de su ciudad natal. Pero en todo caso anunciaré en tiempo oportuno mi llegada, la hora y, si es posible, el minuto preciso».

La víspera de mi partida, el 13 de abril, fui al despacho del subjefe de policía, con quien me encontraba en relaciones de amistad, a despedirme y recoger mi pasaporte. Al entregármelo, me encargó saludase afectuosamente a mi hermano, a quien conocía de reputación y personalmente y de cuyos proyectos de matrimonio se hallaba enterado.

—Sé además —agregó— que la familia del doctor Roderich, en la que va a entrar su hermano, es una de las más respetables de Ragz.

—¿Le han hablado a usted de ella? —pregunté.

—Sí, ayer precisamente, en el sarao de la embajada de Austria.

—Y ¿quién le dio a usted esos informes?

—Un oficial de la guarnición de Budapest que hizo amistad con su hermano Marcos, durante la estancia de éste en la capital húngara, y del que me ha hecho los mayores elogios. Su éxito fue muy lisonjero, y la acogida que recibió en Budapest volvió a encontrarla en Ragz, lo que na-

da debe tener de sorprendente para usted, mi querido Vidal.

—Y —hube de insistir— ese oficial, ¿no ha sido menos caluroso en los elogios a la familia Roderich?

—En efecto. El doctor es un científico en toda la extensión de la palabra. Su fama es universal en el reino austro-húngaro. Ha sido objeto de toda clase de distinciones, y, en resumen, es una buena boda la que va a hacer su hermano, pues, según parece, la señorita Myra Roderich es una muchacha lindísima.

—No le sorprenderá, mi querido amigo, que le diga que mi hermano Marcos la encuentra así y que me parece muy enamorado de ella.

—Mejor que mejor, mi querido Vidal, y ya me hará usted el obsequio de transmitir mis felicitaciones y mis fervientes votos a su hermano, cuya dicha tendrá el supremo refinamiento de suscitar celosos... Pero —interrumpióse de pronto mi interlocutor vacilando— no sé si cometeré una indiscreción... diciéndole...

—¿Una indiscreción?... —repetí con asombro.

—¿Su hermano no le ha escrito hasta algunos meses antes de su llegada a Ragz?...

—¿Antes de su llegada? —repetí.

—Sí... La señorita Myra Roderich... Después de todo, mi querido Vidal, es muy posible que su hermano no haya sabido nada.

—Explíquese usted, mi querido amigo, pues le confieso que no sé en absoluto a qué alude usted.

—Pues bien, parece, lo que nada por otra parte tiene de extraño, que la señorita Roderich había sido ya muy solicitada, y muy especialmente, por un personaje que, entre paréntesis, no es un cualquiera. Esto es, al menos, lo que me ha contado mi oficial de la embajada, quien hace cinco semanas se encontraba todavía en Budapest.

—¿Y ese rival?

—Fue despedido por el doctor Roderich.

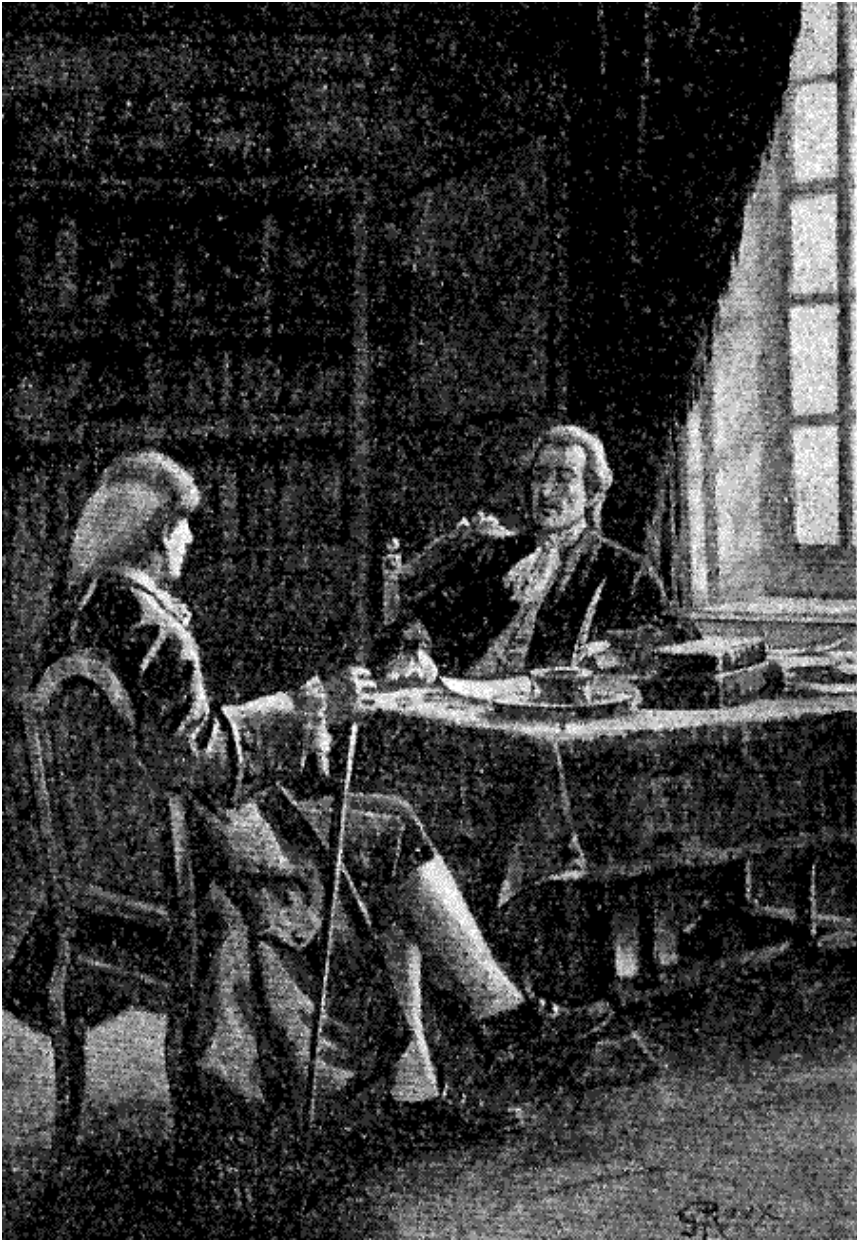
—Entonces no hay por qué preocuparse de ello. Por otra parte, si Marcos hubiese conocido un rival, me habría hablado de él en sus cartas. Nada me ha insinuado, sin embargo. Esto parece indicar que la cosa no tiene importancia.

—En efecto, mi querido Vidal. No obstante, las pretensiones de ese personaje a la mano de la señorita Roderich hicieron bastante ruido en Ragz, y, al fin y al cabo, preferible es que se halle usted informado...

—Indudablemente, y ha hecho usted perfectamente en prevenirme, toda vez que no se trata de simples rumores sin consistencia.

—No, los informes son muy serios...

—Pero el asunto no lo es —respondí— y eso es lo principal.



En el momento de despedirme:

—A propósito, mi querido amigo —pregunté—, ¿pronunció ante usted el oficial el nombre de ese rival desahuciado?